



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La historia continúa

Autor: Krejča, Otomar

Forma sugerida de citar: Krejča, O. (1995). La historia continúa. *Cuadernos Americanos*, 5(53), 167-171.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IX, núm. 53, (septiembre-octubre de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA HISTORIA CONTINÚA...

Por Otomar KREJČA
DIRECTOR DE TEATRO CHECO

El coraje de la cultura hoy consiste en luchar por los grandes ideales, pese a su aparente falta de actualidad y esto sólo con los medios de la palabra, pese a su aparente falta de adecuación.

EN EL MOMENTO MISMO en que leía estos deseos de la Sociedad Europea de Cultura para el nuevo año 1995, mi teatro de Praga —cerrado por razones políticas después de la Primavera de Praga de 1968, y rehabilitado en 1990, después de una interrupción forzosa de más de veinte años— fue nuevamente liquidado, esta vez por motivos políticos completamente diferentes.

Bajo el régimen comunista, nuestras tendencias humanistas no querían entenderse con los tanques soviéticos; en economía de mercado, es el dinero el que no se pone de acuerdo con las ideas humanistas de nuestro repertorio (para ser más precisos en cuanto a este caso concreto: nuestro gobierno no desea abiertamente tener un ministro de Cultura ‘cultural’ propiamente hablando ni una burocracia capaz de juzgar objetivamente en materia de cultura del arte).

Hace un cuarto de siglo, cuando yo preguntaba a las autoridades comunistas por qué se condenaba a desaparecer un teatro que presentaba a Chekov, Giraudoux, Musset, Shakespeare, me gritaron por encima ‘¡Pero cuándo, cuándo presentan la *Antígona!*’. Cuando, en estos últimos días, planteaba la cuestión de saber por cuáles razones no estaba permitido vivir para un teatro que montaba a Chekov, Bernanos, Beckett, Hofmannsthal, Pirandello, Grillparzer, los poderes públicos me respondían con irritación: ‘Es necesario emprender cambios sistémicos, es necesario que usted consiga financiamientos privados, que sepa qué vende, debe adaptarse!’. Ahora bien, no somos comerciantes y tenemos vergüenza de pedigueñar, de limosnear.

La Europa de las obras de espíritu es la más fácil de construir. Parece que hace cincuenta años se consideraba que había que empezar por ahí. Lástima que el mercado haya tenido la prioridad. Se oye por todas partes que el fin del comunismo debe ser visto sin euforia, casi con suspicacia. ¿Es porque integristas y populistas de toda calaña a menudo parecen no ser más que metamorfosis del látigo ideológico que los ha precedido? Pese a la felicidad un poco enfriada querríamos aplaudir la Europa de la libertad de creación, pero hemos aquí sumergidos por la falta de perspectivas de la lucha por la existencia, y esto en terrenos que no podrían ser evaluados con la vara de la rentabilidad comercial. Lo cotidiano requiere de nosotros un esfuerzo colosal, que debemos desarrollar con nuestras propias fuerzas, y contra nosotros mismos. Dificultades tales no pueden más que provocar escepticismo y cansancio. Deseamos todos que la Unión Europea sea sensible a la prioridad de lo cultural. Pero ¿cómo olvidar que deja a Sarajevo "festejar" bajo las bombas el aniversario de su asedio?

La necesidad de expandir a escala europea la nueva libertad cultural fue ciertamente para nosotros, antes incluso de los cambios radicales en la ex URSS, una orientación capital y evidente, pero en la óptica "realista" siguió siendo por largo tiempo una utopía total. Es por eso que estos últimos cinco años no terminan de provocar nuestro asombro tanto por su inesperada inmediatez como por las amenazas que hacen emerger en lugar de los antiguos terrores. En el nuevo contexto de democracia y libertad, la euforia inicial ha dejado rápidamente lugar a la desilusión, a la decepción y al desconcierto. No sólo la cultura no ha escapado a esta evolución, sino que acontecimientos políticos y sociales inesperados han incluso engendrado un profundo desorden, incluso un choque cultural.

En estas condiciones, la cultura permanece, en el dramático teatro del universo, oculta en segundo lugar, abandonada, como si no tuviera ya, sobre la escena de hoy de dimensión planetaria, ningún papel importante que le pudiera convenir. Habiendo perdido desde ya su función política de propaganda o de disidencia, mira alrededor de ella con perplejidad para ver qué papel podría desempeñar hoy día —cuando, bajo el libre dictado de los cambios de sociedad, la creación es presa de las exigencias de la rentabilidad. Peor: cuando, en la nueva situación, la aplicación del credo liberal ha terminado por demostrar que es el mercado mismo el que tiende a devastar la verdadera cultura, que transforma la obra, como todo el resto por otra parte, en mercancía, y la creación en producción, o, en el mejor de los casos, en un oficio artístico destinado a "espantar" a los

turistas. Y el poder devastador del mercado unido a la miopía burocrática producen su pleno efecto en particular en las disciplinas artísticas que nunca han sido, y no podrán jamás ser, suficientemente rentables para prescindir de mecenas ilustrados.

En el fondo, ¿cuál es pues esta cultura, este arte que buscamos? Estamos totalmente seguros que en el siglo xx la sinonimia establecida en la época moderna entre los términos "cultura" y su equivalente "civilización" están casi perdidos. Las dos nociones han perdido su contenido material de origen: probablemente se debe al hecho de que entre el mundo natural de la vivencia humana y el mundo de la ciencia objetiva, se va profundizando la brecha. El hombre contemporáneo poco a poco se convierte en simple accesorio del funcionamiento industrial y técnico. La sociedad de masas moderna no quiere cultura en el sentido primero del término, quiere divertirse. La mercancía, propuesta por la industria de la diversión bajo el vocablo "arte", es consumida por esta sociedad exactamente en la misma manera que los otros productos de consumo. Los productos de distracción sirven para llenar el tiempo vacío, siendo este tiempo vacío, por supuesto, cosa muy distinta al tiempo libre, que nos hace disponibles para el mundo y el arte que ha creado, por su cultura.

El fundamento de la acepción europea de la cultura, en el sentido propio tanto como en el figurado, puede ser expresado con la palabra latina *colere, cultum, cultus*, que significa *cultura, trabajo de la tierra, del suelo*, pero también un país natal, un terruño, una región cultivada por los hombres, y paralelamente esto significa también la cultura del espíritu, de la persona, los modos de vida y a fin de cuentas esos ornamentos de la vida que son la salud, la plenitud, la belleza.

La cadena de los testimonios sobre la función primitiva de la cultura es infinita. *Terras hominumque colunt genus* ("habitan las tierras y cultivan el género humano"), escribe Horacio a propósito de los habitantes de la ciudad sobre el Éufrates. O también: *fidem rectumque colere* ("respetar la palabra dada y el derecho"). Innumerables hechos históricos demuestran pues que la cultura forma el fundamento, la base, que constituye la quintaesencia misma de todas las otras actividades humanas, y que el hombre establece su humanidad en la cultura y por la cultura —a saber, según un antiguo uso que cae en el olvido, por su relación con los dones de la tierra, por su manera de cuidar su hábitat social o también por su actitud hacia todo lo que supere su conciencia o su saber.

Acabo apenas de afirmar que la cultura no ha escapado a la evolución, que nos ha hecho hundir, apenas salidos del infierno totalitario, en el totalitarismo del mercado. Pero ¿no sucedía todo de modo distinto? Son por el contrario los sobresaltos inesperados de la evolución, esos bruscos cambios y esos profundos saltos los que se han sustraído a la cultura, que han escapado a la cultura en el sentido original de esta palabra. Y no han escapado solamente a la cultura en tanto que libertad natural de la expresión, sino también a la cultura en tanto que expresión natural de la libertad.

Toda discusión que trate de la cultura debería evitar hacer abstracción del fenómeno del arte. La cultura de masas tanto como el arte mediático en su sentido propio no existen; no son de hecho más que denominaciones que designan productos de la distracción. Y no es tanto esta simple constatación lo que es exasperante, sino más bien el hecho de que no estemos a la búsqueda de una salida, que no nos demos ni siquiera cuenta que deberíamos buscar una.

Sigue siendo verdad que, sin tener en cuenta la memoria, los lazos históricos, sin escuchar las tradiciones y sus "eternos" interrogantes, no se sabría ni reflexionar sobre la realidad presente ni imaginar el porvenir; es cierto también que "los vivos están gobernados por los muertos" (A. Comte). De este modo sería bueno no olvidar en nuestras reflexiones sobre el arte y la cultura, cinco años después de la caída del Muro de Berlín, los acontecimientos de más de trescientos cincuenta años; es decir el gesto decisivo de las Luces, en el intrumentalismo de las cuales, por cierto muy deformado, nos debatimos hasta hoy. Y no sabemos qué hacer de sus frutos inesperados.

En lo que vivimos, todo está de cierto modo ligado a todo. He abordado mi intervención con una historia personal. Ésta no concierne más que a un grupo restringido de artistas dramáticos, que son por otra parte objeto de un interés casi nulo de parte de los medios de comunicación. No puedo evitar Sarajevo, otra historia personal. El abominable teatro del mundo. El desfile de las monstruosidades no conoce respiro. ¡Qué inconmensurable lazo entre un teatro minúsculo, que testimonia ante algunos miles de espectadores la condición humana, y el Grand Guignol mediático, que no cesa de volcar todos los días sobre millones de espectadores las nuevas sobre la humanidad, que ha alcanzado un punto de no retorno!

Cuántas maravillas, pero nada que sea más maravilloso que el hombre... con una habilidad superior a lo que se puede uno imaginar, que lo encamina unas

veces al mal y otras al bien. Tendrá un alto cargo en la ciudad si observa las leyes del país y la justicia de los dioses que obliga por juramento. Desterrado sea aquel que, debido a su osadía se da a lo que no está bien.

Hace dos milenios y medio, el arte ha erigido un contrapoder ético, franco y categórico contra el poder del dinero, de la materia y del mal. ¿Por qué este conflicto está siempre pendiente? ¿Por qué nuevamente no quedan de las bibliotecas, como en Sarajevo, más que algunos jirones de pensamientos quemados?

Mi visión de las cosas se localiza sobre los problemas que regresan eternamente tanto sobre las cuestiones antiguas como sobre las que son completamente recientes y que quedaron sin respuesta. Como profesional, hago teatro desde hace cincuenta y cinco años. Nunca he podido hacerlo sin interrupción, seguidamente, más de cinco años. Ahora bien, sólo una continuidad puede conferir al trabajo teatral un sentido y una significación superiores. Pero cuando la interrupción fue forzada, motivada por la brutalidad ideológica y la del poder político, mi vida ha sido transformada en una serie de episodios que se asemejan a fragmentos de un torso.

Las locuras del siglo XX nos habrán enseñado a desconfiar de todo, incluyendo nuestras esperanzas intermitentes. La realidad de siempre nos invita sabiamente a comprender que la historia continúa en su dimensión trágica sin verdad nueva ni segura ni "amistad mutua".

En el curso de mi periplo en el mundo del teatro, es la puesta en escena de *En attendant Godot* de Samuel Beckett la que sin duda me ha aportado, así como, por lo menos espero, a los espectadores, la más dulce recompensa y satisfacción. Con los grandes actores franceses y alemanes o con los jóvenes comediantes checos, no quería crear una payasada intelectual, sino la visión de nuestra espera, de nuestra esperanza, de nuestra vida. Poco tiempo antes de morir, Beckett nos dijo: "Usted ha elegido el buen tema; *no podemos continuar, continuemos*".

Traducción de Hernán G. H. Taboada